

ENCUENTROS, DESENCUENTROS Y REENCUENTROS CON JULIANO: EL EMPERADOR APÓSTATA Y SUS SECUELAS A LO LARGO DE LA HISTORIA

Javier Moreno Pampliega

Universidad Nacional de Educación a Distancia

jmpampli@yahoo.es

RESUMEN

Este artículo ofrece una muestra de las diferentes actitudes con que ha sido recibida la figura del emperador romano Juliano el Apóstata (361-363), desde sus propios contemporáneos hasta los autores más recientes. Se ha oscilado desde la pura animadversión hasta el entusiasmo más desbordado, pasando por algunos historiadores o escritores que lo han tratado de un modo más comedido. Normalmente, se ha proyectado en él el interés apologético de defender o de denigrar el cristianismo que el mismo Juliano criticó. El carácter trágico de la figura de Juliano está determinado por haber vivido en una etapa de transición y por representar al típico «converso» que posee una intensa experiencia espiritual tanto de aquello que ha abandonado como de lo que ha adquirido.

PALABRAS CLAVE: Cristianismo primitivo, Imperio Romano, literatura apologética.

ABSTRACT

«Meetings and collisions with Julian: The Apostate and his sequels along the history». This article offers a sample of the different attitudes expressed to the Roman Emperor Julian the Apostate (361-363), starting with those of his contemporaries through to more recent authors. Some have been his out-spoken enemies and others his enthusiastic followers, while some historians or writers have taken a more moderate view of the Emperor. What has been generally projected on to him is an apologetic interest in defending or rejecting Christianity, something which Julian himself criticized. The tragic condition of the figure of Julian is defined by the transitional period through he lived and by the fact that he represents the typical “convert” who has an intense spiritual experience of both the religion he abandoned and the new one he acquired.

KEY WORDS: Early Christianity, Roman Empire, apologetic literature.

La figura de Juliano, que gobernó el Imperio Romano como Augusto apenas dos años, del 361 al 363, conmovió los espíritus de su tiempo, tanto cristianos como paganos. Para los cristianos, la irrupción de Juliano, en cuanto restaurador de los antiguos cultos, supuso la constatación de que la victoria constantiniana no era aún total. Para los paganos significó la oportunidad, perdida, de recuperar las



antiguas posiciones. El imperio de Juliano constituyó un breve paréntesis histórico. Para los cristianos quedó como el «Apóstata», y con este apelativo ha sido desde entonces reconocido por casi todos.

Juliano era hijo de Julio Constancio, hijo a su vez de Constancio Cloro y de Teodora. De la unión del mismo Constancio Cloro con Helena había nacido Constantino el Grande, cuyos hijos y sucesores en el trono imperial fueron Constantino II (337-340), Constante (337-350) y Constancio II (337-361). Juliano era pues sobrino de Constantino y primo de estos últimos. Nació en el palacio de Constantinopla hacia 331. Tenía por tanto solo seis años a la muerte de Constantino y fue entonces testigo de la matanza de varios miembros de su familia (entre otros su padre, su tío Dalmacio y sus primos Dalmacio y Hanibalino), aquellos de la rama de Teodora que pudieran competir más adelante con los hijos de Constantino. Juliano pasó su adolescencia en la finca imperial de Macellum (Capadocia), donde recibió, junto a su hermano Galo, una educación cristiana arriana y fue bautizado. En torno a los veinte años entró en contacto con el neoplatonismo de la rama de Pérgamo y con las religiones místicas, experimentando una conversión interior que lo llevó a apóstatar secretamente. En 355, después de una corta estancia de estudios en Atenas, fue nombrado César por el emperador Constancio II, quien por entonces era ya dueño único del imperio tras la desaparición de sus dos hermanos y no tenía herederos directos. Juliano fue destinado a la Galia, donde cosechó en los años siguientes importantes éxitos militares contra los levantiscos germanos. En 360 fue nombrado Augusto por sus soldados en Lutetia (París), con lo cual se convertía en «usurpador» e iniciaba, mal a su pesar, el enfrentamiento con Constancio. En octubre de 361 murió Constancio de muerte natural y Juliano se convirtió en único emperador. A continuación, ya en la corte de Constantinopla, se mostró abiertamente como pagano y comenzó a aplicar medidas consideradas anticristianas, como el decreto sobre los profesores de junio de 362, por el que se prohibía a éstos la enseñanza de las letras clásicas, aduciendo que mal podían explicar unas materias que suponían unas creencias de las que ellos no participaban.

En julio de 362 se encontraba en Antioquía, donde comenzó a preparar la expedición contra los persas. No cayó bien a los antioqueños, por su carácter austero y ríguoso y por su intento de restaurar el culto pagano. En marzo de 363 salió el ejército para Mesopotamia. La guerra se inició bien para los romanos, pero algunos errores tácticos, junto con el desgaste de tener que caminar por un territorio inhóspito en que el enemigo no presentaba batalla abierta pero atacaba persistentemente en rápidas escaramuzas, hicieron que cundiera el desánimo. Los romanos remontaban el Tigris cuando, el 26 de junio, cerca de Seleucia Ctesifonte, Juliano recibió una lanzada, de origen no aclarado, que unas horas más tarde acabó con su vida. Se eligió allí mismo a un nuevo emperador, Joviano, que era de nuevo cristiano y que pactó con los persas una humillante retirada.

Entre las obras del Juliano escritor, algunas tienen que ver con las circunstancias políticas de la época en que desempeñó el puesto de César, como aquellas de alabanza a Constancio II o a su esposa Eusebia, la cual apoyaba a Juliano, o la *Consolación a sí mismo por la marcha del excelente Salustio*, cuando este íntimo colaborador suyo fue llamado a la corte por las intrigas que en ella se fraguaban contra



Juliano. Otros escritos, de su época como Augusto, pueden ser calificados como polémicos: *Contra el cínico Heraclio*, *Contra los cínicos incultos*, *Misopogon*, este último contra los antioqueños. Los escritos *A la madre de los dioses* y *Al rey Helios* se consideran sus «tratados dogmáticos», por cuanto en ellos aparece expuesto lo fundamental de su pensamiento religioso y filosófico. También polémica es su obra más conocida aunque fragmentariamente conservada: del tratado *Contra los Galileos*, escrito en el invierno de 362-363, conservamos solo los párrafos que citó Cirilo de Alejandría en su muy posterior refutación. Juliano escribió además muchas cartas, entre las que podemos destacar las que dirigió a sacerdotes, especialmente a Teodoro, encargados de establecer el nuevo culto que él quería para el Imperio.

Para el emperador Juliano, la filosofía tiene como principio conocerse a sí mismo y como fin hacerse semejante a la divinidad. En este camino, se trata de superarse siempre haciendo lo que es posible al hombre. La semejanza con la divinidad tiene que ver con la propia unificación y con la búsqueda de unidad con los demás. Todos los hombres son familiares y las leyes del Estado están por encima del soberano que las dicta. Importa examinar la verdad de las afirmaciones y no caer en el retoricismo (en la seducción de las palabras). Por amor a la verdad nos amonestamos y refutamos mutuamente. Propio de los hombres es conjeturar. Solo los dioses saben.

Como dice en el discurso *Sobre la realeza*, panegírico del emperador Constancio, «la religión es hija de la virtud» (70d). Por la filantropía alcanzamos la benevolencia de los dioses. Quien se entrega a la divinidad (a través de los ritos) recibe su ayuda. Los templos e imágenes son símbolos y provocan en nosotros el recuerdo de Dios. Pero el hombre no se santifica en la realización de los ritos sino en sus pensamientos. Especialmente a los sacerdotes se les exige esta santidad. Es necesaria la tolerancia: hay que enseñar a los hombres con la razón y no con violencia.

Éstas son las grandes líneas de la teoría moral de Juliano, una teoría que coloca a la religión en un puesto de íntima continuidad con ella. La religión, efectivamente, es hija de la virtud. La vivencia consecuente de una ética humana aboca a la religión. Otro asunto es qué tipo de religión mejor concuerda con la ética... Pero pasamos ahora a considerar la vivencia o práctica moral del propio Juliano. Para ello disponemos tan solo de los testimonios de algunos contemporáneos, pues nosotros no somos testigos oculares. Nosotros no estábamos allí. Solo podemos leer y comparar dichos testimonios, intentando no dejarnos llevar por los prejuicios. Llamamos nuestra atención, de entre los escritos más conocidos y reutilizados después por apologistas y novelistas, los de San Gregorio Nacianzeno (329-389), importante teólogo y Padre de la Iglesia, y los del pagano Libanio (h. 314-h. 394), el más importante retórico de este siglo IV (maestro por cierto de San Juan Crisóstomo, a su vez el más brillante orador cristiano de la Antigüedad). Gregorio coincidió con Juliano en Atenas en el otoño del año 355: ambos eran en aquel entonces jóvenes estudiantes. Gregorio, impactado por la política de restauración del paganismo llevada a cabo o más bien intentada por Juliano en su breve reinado, escribió al poco de su muerte violenta en Mesopotamia (en el mismo invierno del 363) sus dos invectivas contra Juliano, que serán los números IV y V de su larga serie de «discursos». Tales discursos IV y V han sido catalogados normalmente como «panfletos», por su





animosidad e inquina, por una especie de triunfalismo desplegado por Gregorio después del triste fin de Juliano y del cambio en la política imperial con el emperador Joviano (363-364), al que seguirían Valentiniano y Valente. Es probable que ni siquiera hubiera leído sus obras¹, pero Gregorio lo ataca poniendo en su cuenta el helenismo entero con todo lo que tiene de ridículo e indecente, habida cuenta de que Juliano se había erigido a sí mismo en campeón del helenismo. No obstante ese carácter panfletario, lo que Gregorio dice tiene el valor de representar lo que pensaba en aquel momento una buena parte de la opinión pública sobre Juliano. Libanio, en cambio, es el hombre vinculado a Juliano como maestro, consejero y amigo, el hombre que tantas esperanzas había depositado en su política de restauración religiosa. Libanio tomará sobre sí la tarea de reivindicar la figura de Juliano en unos tiempos en que soplaban ya otros aires políticos. Entre sus «discursos julianeos» podemos destacar el *Discurso fúnebre por Juliano*, por su mayor extensión y por su valor histórico. Si en Gregorio todo es animadversión, en Libanio todo es exaltación. Ni en uno ni en otro hay fisuras, ni la más mínima duda, ni la más tenue matización en sus juicios. La simple comparación de sus testimonios nos inclina inevitable y justamente a la desconfianza global, sin dejar de tener en cuenta, por supuesto, los datos particulares contrastados que cada uno de ellos nos ofrezca sobre aquel de quien escriben. Más digno de crédito parece el testimonio de Amiano Marcelino, quien no solamente hizo profesión de historiador que busca la objetividad en sus 31 libros «rerum gestarum» sino que además participó personalmente en la misma campaña de Mesopotamia. Amiano estuvo presente en la agonía mortal de Juliano en la noche del 26 de junio de 363 y nos transmite el emotivo relato de sus últimas palabras (XXV, 3, 7). Amiano fue un pagano que no se doblegó ante la tendencia dominante y que permaneció en sus creencias. Sin embargo, no habló mal de los cristianos, aunque ello no fuera tal vez más que una táctica de supervivencia. En XXV, 4, 1-27 nos hace una descripción moral de Juliano con una enumeración explícita de sus virtudes y a continuación de sus defectos, algo que en sí mismo contrasta ya con la percepción unilateralmente positiva o negativa de muchos. Esto por sí solo le da ya a la descripción al menos una razonable apariencia de verosimilitud. Las virtudes que atribuye a Juliano son: «una castidad tan inviolada que, después de perder a su esposa, se sabe que no tuvo ninguna relación sexual», «la parquedad de la comida y del descanso», la prudencia, una justicia atemperada con la benevolencia, severidad sin crueldad, su fortaleza física y valentía, el «conocimiento de los asuntos militares», una autoridad por la que inspiraba a sus súbditos a la vez cariño y temor, una gran generosidad y ausencia de avaricia («despreciaba tranquilamente las riquezas»). Sus defectos: carácter inconstante, locuacidad excesiva, superstición («demasiado aficionado a tener en cuenta los presagios», «sacrificaba sin duelo víctimas innume-

¹ Dice Joseph Bidez, biógrafo de Juliano: «Juliano fue peligroso sobre todo por las tonterías que hizo decir a los que hablaron de él sin haber leído sus escritos» (1965: vi).

rables»), vanidad («feliz con los aplausos del pueblo, buscador desmedido de parabienes»). Termina Amiano señalando alguna excepción a su actitud ordinaria a favor de la justicia:

Pues estableció leyes no opresivas que mandaban cumplidamente que algo se hiciera o se dejara de hacer, con escasas excepciones. Entre estas últimas estaba aquella implacable que prohibía a los profesores cristianos de retórica y de segunda enseñanza la docencia, a no ser que pasasen a la adoración de las divinidades (XXV, 4, 20).

Un autor que, desde el lado cristiano, representa también una postura comedida es el poeta hispanorromano Aurelio Prudencio (348-*post* 405), quien reconoce las virtudes de Juliano y la conveniencia de su obra legislativa, aunque lo considera errado en su religión: «pérfido para con Dios, aunque no respecto al mundo» (*Liber Apotheosis*, 454).

Jean Bouffartigue se ha planteado si la hostilidad de Juliano hacia el cristianismo estuvo determinada por su anterior adhesión al mismo. Destaca como marcas distintivas del anticristianismo de Juliano su virulencia, su carácter obsesivo, el hecho de haber intentado plagiar las instituciones cristianas en su religión neopagana y el ser un experto en la doctrina cristiana, especialmente por los años de instrucción que pasó, entre 341 y 348, en la finca imperial de Macellum. Sobre su virulencia y carácter obsesivo, sostiene Bouffartigue que son, en parte, una creación literaria de los cristianos. En cuanto al plagio, puede ser entendido como una reutilización de elementos en una situación de competencia religiosa. Pocos de entre los estudiosos actuales de la figura de Juliano creen que hubiera sido en su juventud un cristiano convencido (aunque Libanio sí que pensaba esto). Para ello tendría que haber sido libre. Se ha dicho que, hablando en general, no puede haber un abandono “del” cristianismo allí donde no hubo nunca un abandono “en el” cristianismo. También se ha señalado lo traumático de su experiencia infantil con su propia familia, la misma que recientemente había adoptado el cristianismo: los hijos de Constantino el Grande, a la muerte de éste en 337, cuando Juliano contaba seis años, ordenaron la eliminación física de sus parientes más cercanos, habiéndose librado por poco él mismo y su hermano Galo de la matanza². Sin embargo, ateniéndonos a su propio testimonio posterior, el cambio de Juliano sí fue una verdadera «conversión». En carta a los alejandrinos la data con precisión (año 351), además de exhortarles a que sigan el mismo camino que él:

... regresad vosotros mismos a la verdad; no equivocaráis el recto camino si obedecéis a quien ha marchado por ese camino [el cristianismo] hasta los veinte años y ahora, con la ayuda de los dioses, hace doce que marcha por este otro (Carta 111, 434d).

² Cf. Labriolle, 2005: 391-392: “On comprend en quelle déplaisance Julien tenait le christianisme, seul obstacle sérieux à ses desseins réformateurs et qui, dans son passé personnel, restait associé pour lui aux plus pénibles, aux plus déprimants souvenirs de sa jeunesse”. Según Anatole France, el cristianismo era para Juliano “la religion de ses oppresseurs et des meurtriers de sa famille” (*ibid.*, p. 376).





Incluso, utiliza para describirla el mismo verbo, *περιαστράπτειν*, que aparece en el libro de los *Hechos de los Apóstoles* (9,3) para designar la iluminación y cambio repentino de Pablo en el camino de Damasco³. Juliano no esconde por vergüenza esta parte de su vida. Reconoce que durante un tiempo, antes de esa iluminación, estuvo “lleno de humo, de suciedad y de hollín” (*Contra el cínico Heraclio*, 229d). Al airear su etapa anterior pretende más bien presentarse a sí mismo como objeto de la solicitud de los dioses. Así como a mí me han liberado los dioses —viene a decir— también ellos pueden hacer algo semejante con vosotros. Juliano es un converso que da testimonio entusiasta de su propia conversión (*cf.* Bouffartigue, 2007: 36-38).

Como es bien sabido, será en su tratado *Contra los galileos* en el que Juliano desplegará expresamente sus argumentos en contra del cristianismo. Parece que su proyecto iba más allá, en cuanto a su magnitud y carácter sistemático, que los tratados previos de Celso y de Porfirio, en los que se inspiró. Juliano criticó la concepción judía de la divinidad, que siendo étnica y antropomórfica tiene en cambio pretensiones de universalidad⁴, así como el carácter intransigente de los cristianos, quienes previamente se habían escindido del judaísmo de un modo injustificado. Juliano se constituye así en el caso único de un emperador romano que escribe explícita y ampliamente en contra de los cristianos y que justifica por tanto ideológicamente sus medidas discriminatorias hacia la nueva religión. Aunque sea ésta la obra más conocida de Juliano y la más extensa (si bien solo fragmentariamente conservada), habría tal vez que reducir su importancia relativa y no atribuir a las convicciones religiosas de Juliano el impulso fundamental de su labor política, como han pretendido los apologetas cristianos. Sería más bien su «ideal de buen gobierno» el que ha tenido una «función preponderante» en dicha labor. Se ha dicho que su política «no es una política de persecución, tampoco es anticristiana, sino sencillamente no cristiana». Lo importante no sería su polémica anticristiana, motivada por el rechazo de los cristianos a renunciar a los privilegios adquiridos con Constantino y a integrarse en un régimen de igualdad, sino su «intento de reformar el imperio, restaurando el derecho romano como base fundamental y apoyándose en una ética personal estricta y no tan idealista como se ha apuntado»⁵.

Los historiadores eclesiásticos del siglo V (Sócrates de Constantinopla, Sozómeno, Teodoreto de Ciro, Filostorgio, Rufino de Aquileya) harán empero su contribución a la fijación de la imagen de un Juliano perseguidor y nefasto para la

³ En *Al rey Helios*, 131a. Dice también allí: “pero olvidemos aquellas tinieblas”. Y asimismo agradece a la *Madre de los dioses* que le haya librado de “errar en las tinieblas” (174c).

⁴ “Conviene, pues, creer que el dios de los hebreos no es el creador de todo el universo y que no ejerce su autoridad sobre todas las cosas, sino que más bien hay que creer, como dije, que está restringido y tiene un imperio limitado junto con los demás dioses” (106C).

⁵ *Cf.* la introducción al capítulo dedicado a las “leyes” dentro de Juliano (1982b: 267-275).

Iglesia. Para Sozómoeno, Juliano murió por la voluntad de Dios porque arruinaba a sus iglesias (VI, 2, 8). Teodoreto dice que, fuere uno u otro quien lo matara, actuó como un instrumento del designio de Dios. Es Teodoreto el primero en citar la fórmula Νενίκηκας Γαλιλαίε, que quedará como emblema de toda la aventura (fallida) de Juliano:

Se dice que, en el momento en que fue herido, llenó su mano de sangre y la lanzó al aire diciendo: “*¡Has vencido, Galileo!*”. De modo que, al mismo tiempo, reconoció una victoria y se atrevía a blasfemar: así era de insensato (III, 25, 7).

Teodoreto ironiza al nombrarle valiente, sabio y piadoso a la vez que presenta los actos de suma crueldad cometidos por él o sus colaboradores (III, 26). Se aprecia en este autor un triunfalismo desmedido al hablar de Juliano y de su merecida derrota. Filostorgio, por su parte, entiende que fue el mismo Cristo quien abatió a Juliano a la vez que se reía de él. Juliano, según este autor, muere injuriando a sus propios dioses (VII, 15). En la estela de estos y otros autores antiguos hostiles a Juliano se desarrollaría en la Edad Media la descabellada leyenda según la cual baja del cielo San Mercurio para matar a Juliano, quien habría comprado el Imperio al demonio mediante magia y sacrificios humanos...

Tendremos que esperar al Renacimiento para que las primeras publicaciones de algunos de sus discursos y cartas introduzcan una nueva apreciación, por parte de los humanistas, de la figura de Juliano. Montaigne, en su ensayo *De la libertad de conciencia*, exalta a Juliano por sus excelentes virtudes morales, a la vez que lo excusa de su «apostasía» en cuanto que no pudo abjurar de una religión que nunca había vivido en su corazón. Aun colocándose a sí mismo en el lado cristiano suaviza el juicio tradicional en contra de Juliano. Lo suyo no fue una persecución: «Fue para nosotros rudo, ciertamente, pero no un cruel enemigo»⁶. En el siglo XVII se editan las obras de Juliano (Petau, Paris, 1630; Spanheim, Leipzig, 1696). En 1764, por parte del marqués de Argens, se hace la primera traducción de los fragmentos del *Contra Galilaeos* a una lengua moderna, el francés. La Ilustración, como era de esperar, ve con buenos ojos a Juliano. Voltaire se entusiasma con él, lo llama filósofo (no ya apóstata) y de nuevo destaca sus virtudes, contraponiéndolo a Constantino, cuyos crímenes son perdonados por el hecho de ser cristiano, mientras que él, por haber abandonado la fe o no haberla tenido, es visto como un «monstruo». Chateaubriand, en cambio, reconociendo la talla de Juliano, resaltaré lo peligroso de la persecución del cristianismo llevada a cabo por él, no mediante la violencia física sino mediante arteras mañas. Y Voltaire será, para este escritor conservador, el nuevo Juliano al que hay que rebatir. Para unos y para otros, en definitiva, Juliano se convertirá en un símbolo, al que defender o al que degradar.

⁶ *Essais* II 19.





El dramaturgo noruego Henrik Ibsen (1828-1906), que resultaría a la larga, por su influencia, un decisivo renovador del teatro europeo, consiguió escandalizar a la sociedad de su época con algunos dramas sociales como *Casa de muñecas*. Escribió también un drama histórico sobre la figura de Juliano titulado *Emperador y galileo* y subtítulo *Espectáculo de historia universal*. Aun siendo poco conocida, se da la circunstancia de que el propio Ibsen la estimaba como su mejor obra. La preparó durante cuatro años de estancia en Roma (1864-1868). Debido a su enorme volumen, dos partes con cinco actos cada una, ha sido poco representada como tal, aunque recientemente se han escrito y llevado a los escenarios versiones inglesas reducidas. En la boca del filósofo Máximo, uno de los personajes importantes de la tragedia, se desenvuelve la idea de un “Tercer Imperio”, que sería una síntesis del reino pagano de la carne y del reino cristiano del espíritu. Aunque el futuro debería estar marcado por dicha síntesis, las condiciones de la vida muestran que se trata de un ideal inalcanzable. Y para acentuar la derrota de Juliano, es un cristiano fanático quien lo asesina.

Al griego Nikos Kazantzakis (1883-1957), a quien su peregrinar por multitud de países le hizo evolucionar del nacionalismo al internacionalismo y que fue denostado como “anticristo” y “apóstata” por los dirigentes de la Iglesia ortodoxa de su país, también le atrajo la figura del antiguo y eximio Apóstata. Su tragedia *Juliano el Apóstata* fue representada en París en 1948 y en Atenas en 1959, además de emitida por radio en alguna ocasión posteriormente. El Juliano de Kazantzakis se entrega a una batalla que sabe de antemano perdida, es un héroe de la época del existencialismo. Está escindido en realidad entre el espíritu griego y la moral cristiana: destruye imágenes sagradas a la vez que trata a los demás con dulzura y caridad. Kazantzakis crea una trama, desarrollada en los últimos días de la vida de Juliano, en que aparece un personaje femenino, Marina, que es instigada por un obispo a seducir al emperador con el fin de infligirle la muerte, todo esto en plena campaña militar contra los persas.

Del teatro pasamos al género novelístico. El escritor ruso Dmitry Merejkowsky (1865-1941), crítico primero con el zarismo y con la ortodoxia y más tarde con la revolución soviética, publicó en 1895 una novela sobre Juliano dentro de su trilogía *Cristo y Anticristo*. Titulada en su edición española de 1901 *La muerte de los dioses*, representa para su autor la tesis de la necesidad de una conciliación entre paganismo y cristianismo⁷. Cuando narra la muerte del emperador, recoge el «¡Venciste, Galileo!», pero pronunciado con un «tranquilo desprecio», para a continuación entregarse confiadamente Juliano en las manos de Helios. En el capítulo final, se recoge un diálogo en el que participa el historiador Amiano Marcelino. Amiano confiesa a sus interlocutores Arsinoe y Anatolio, con quienes viaja en un barco por el Mediterráneo,

⁷ Sin embargo, el traductor y prologuista español, Luis Morote, tiene una visión apologética de defensa de Juliano, a quien identifica con los Julianos de este tiempo que tratan de “emancipar” a la “turbamulta vil” y que reciben el odio de ésta a cambio (p. XXXIX).

que no sabe si es cristiano o pagano, que no experimenta ninguna contradicción dolorosa entre la sabiduría helénica y la cristiana, pues «ambas enseñanzas coinciden en muchos puntos», y que va a escribir una historia del Imperio Romano en tal medida objetiva e imparcial, que los que en la posteridad la lean no sabrán lo que él piensa personalmente (Merejkowsky, D. S., 1901: 305).

El apolologista católico Louis de Wohl (1903-1961) no solo recoge el «¡Venciste, Galileo!» sino que hace de él el título de su novela. De Wohl, nacido en Alemania y establecido posteriormente en Inglaterra, trabajó como astrólogo para la Armada británica en la guerra psicológica contra los nazis. El Juliano de De Wohl no pronuncia su frase emblemática con un «tranquilo desprecio» sino movido por una «rabiosa furia», aunque se encuentra con Cristo después de la muerte. Se sugiere que experimentará al final la misericordia divina, de modo que «ya no habrá infierno» (Wohl, L. de, 1988: 393-395).

Es destacable, por lo que tiene de sorprendente, la aportación del poeta alejandrino Konstantino Kavafis (1863-1933). Dedicó a Juliano hasta siete poemas de su repertorio: “Juliano, al constatar la indiferencia”, “Juliano en Nicomedia”, “Juliano y los ciudadanos de Antioquía”, “Gran procesión de eclesiásticos y de laicos”, “No comprendió”, “En las cercanías de Antioquía”, “Juliano en los misterios”. Como es sabido, Kavafis fue cantor fascinado del mundo griego antiguo, particularmente del mundo helenístico. Mas esto no implica ninguna simpatía hacia Juliano. Al contrario, se sitúa indefectiblemente en su contra, pues Juliano, en su adustez y recia moralidad, representa lo contrario de la alegría de vivir que Kavafis preconiza, incluyendo la misma exaltación del sexo y del amor homosexual. En este sentido, el poeta se identifica con los «ciudadanos de Antioquía»:

¡Era imposible que renunciaran
a su maravillosa existencia; a la variedad
de sus diversiones; al esplendor
de su teatro donde se unía el Arte
con las eróticas voluptuosidades de la carne!

Inmorales sin duda –y no poco–
fueron. Pero tenían la satisfacción de saber que su vida
era la inimitable vida de Antioquía,
la placentera, la absolutamente elegante.

Renunciar a todo eso, ¿y para qué?

Por sus caprichos sobre los falsos dioses,
su tediosa autopropaganda;
su infantil miedo al teatro;
su ñoñería sin gracia; su ridícula barba.

Oh ciertamente ellos la *Chi* preferían
oh ciertamente preferían la *Kappa*; cien veces.

Los antioquenos preferían la *Chi* de Cristo y la *Kappa* de Constancio al cenizo de Juliano. Y en otro poema titulado “En la iglesia”, Kavafis se identifica también con la «iglesia de los griegos», a la que dice amar en su plata, en sus imágenes, en la «fragancia del incienso», en las «voces y armonías de su liturgia», en la



solemnidad de los sacerdotes y de las vestiduras sagradas. Kavafis vincula la Iglesia a «la grandiosidad de nuestra raza, la gloria de Bizancio». Y también ama la Cruz que se muestra en la «gran procesión de eclesiásticos y de laicos», la que se celebra en Antioquía tras la muerte de Juliano. En este caso, la Cruz es sostenida por un «efebo bellísimo vestido de blanco». Con un espíritu triunfalista, celebra Kavafis el humillante fracaso de Juliano en el santuario de Dafne, de las «cercanías de Antioquía», cuando quiso reinstaurar allí el culto de Apolo sacando las cenizas del mártir cristiano Babyla. Después del incendio que se declaró, acusó a los cristianos de haberlo provocado. «No pudo probarlo. Dejarlo que siga hablando. / Lo esencial es que fue derrotado».

La primera traducción española de las obras de Juliano apareció entre los años 1924 y 1925, obra del incansable y admirable Rafael Cansinos Assens (1882-1964). En el incendiario prólogo que redacta como introducción, asevera que la esencia del cristianismo no está ya en la Iglesia triunfante, sino en las «turbas miserables que sueñan con la utopía». Ellas llevan ahora a cabo la «campana de amor universal» iniciada por la Iglesia y después abandonada. Paradójicamente, la Iglesia se ha aliado con el «espíritu de Juliano», que es el espíritu de los dioses étnicos, de los «ángeles custodios de las razas», como puede serlo Juana de Arco para Francia. Sentencia Cansinos Assens: «el fracaso de Juliano hace diez y seis siglos debe ser una lección para los pueblos» (Cf. Juliano, 1924-1925: t. II, 21-22, ed. de R. Cansinos Assens).

De este emperador fracasado, la recreación histórica tal vez más conocida y sin duda excelente es la publicada por Gore Vidal en 1964: me refiero a la novela titulada simplemente *Julian* en el original inglés, aunque traducida más tarde al español con el título de *Juliano el Apóstata*. Gore Vidal (1925-2012), fecundo escritor y político radical, se ha distinguido por su lucha incansable, desde la mentalidad que usualmente se nombra como «progresista», por criticar a las élites políticas y económicas de su propio país, los Estados Unidos, y por denunciar el papel imperialista de dicho país en el mundo. La novela se desarrolla mediante un diálogo epistolar entre Libanio y Prisco (filósofo neoplatónico colaborador histórico de Juliano) intercalado por los fragmentos de un «diario secreto» que Juliano habría ido escribiendo en diversos momentos de su vida y que Prisco habría robado de una caja junto al mismo lecho mortuorio del emperador. El diálogo epistolar entre ambos tiene lugar en el año 380, cuando Teodosio promulga un edicto por el que se declara herejes a los que no comparten la fe nicena. Prisco y Libanio, ya ancianos, ven cómo se desmorona el mundo que su amigo y admirado Juliano había querido restaurar veinte años atrás, pero albergan todavía la confianza de que no todo está definitivamente perdido: «devolvamos golpe por golpe a los cristianos, antes de que destruyan totalmente el mundo que amamos» (p. 16). Después de la narración de su muerte de la que él fue testigo, Prisco cuenta a Libanio la revelación que le acaba de hacer Calixto, un servidor de Juliano, de que fue él quien mató al emperador (p. 743). Teodosio no permite la publicación de una biografía de su antecesor, tal como Libanio le solicita hacer a partir de los «escritos privados» que obran en su poder. En la escena final (p. 749 ss.), Libanio, casi ciego y cojeando por la gota, conversa con el diácono Juan Crisóstomo tras el funeral por el obispo Melecio que ha tenido lugar en la iglesia principal de Antioquía. A la ceremonia asisten las autoridades,



que ahora son cristianas, y el propio hijo de Libanio, Cimón, joven y ambicioso abogado que se acomoda al nuevo orden. Libanio sentencia ante su antiguo discípulo Juan, que ahora es un hombre de prestigio y representante de ese nuevo orden: «tenemos una visión diferente de lo que es la verdad». Acusa a los cristianos de haber elegido la muerte en lugar de esta vida, que es «todo lo que tenemos». Arguye ante Juan: «con vuestro nuevo dios ha terminado la esperanza de la felicidad humana». A solas en su estudio, y después de guardar los escritos de Juliano, que seguirán sin salir a la luz, reflexiona Libanio (obviamente, Gore Vidal) consigo mismo:

Todo ha terminado. El mundo que Juliano quería defender y restaurar ha desaparecido⁸... pero no pondré 'para siempre', porque, ¿quién conoce el futuro? (...) La luz se fue con Juliano. Ahora no queda otra cosa que dejar que lleguen las tinieblas y esperar un nuevo sol y otro día, nacido del misterio del tiempo y del humano amor a la luz (pp. 755-756).

Me detendré, para finalizar este rápido recorrido histórico, en dos autores españoles contemporáneos y de gran resonancia: Fernando Savater y Fernando Sánchez Dragó. Ambos son favorables a Juliano. De Fernando Savater apareció en la revista *Tiempo de historia*, en 1975, el artículo titulado “Julián el Piadoso”. Y por el mismo título se aprecia ya la nueva denominación, y por tanto la nueva esencia, que propone para el personaje⁹. Comienza diciendo llanamente que «los cristianos mintieron sobre su vida y sobre su muerte» (p. 38), movidos en algunos casos por el resentimiento. El pensamiento politeísta que Juliano representa se resume en la afirmación de que «la divinidad es una», mientras que los dioses son muchos (p. 44). El caso es que Juliano, por su contacto con el cristianismo, pudo reconocer sin embargo la debilidad del politeísmo y encaró una reforma del mismo:

Lo malo es que sus soluciones tenían tan en cuenta al enemigo que, en buena medida, eran su mismo espejo... su idea de la virtud y de la convivencia resultaron excesivamente similares a las de los cristianos, un poco al modo de esos ateos de la Institución Libre de Enseñanza que pretendían mostrarse más rígidamente cumplidores que ningún beato (pp. 50-51).

⁸ El mismo Libanio histórico que conocemos por sus escritos expresa con estas palabras la sensación amarga que dejó a los helenistas el fracaso de Juliano: “Lo que nos ha ocurrido es como si a un hombre sediento que acerca a sus labios una taza de agua fresca y cristalina, alguien se la arrebata cuando comienza a probarla y se aleja con ella” (*Discurso fúnebre por Juliano*, 284).

⁹ Éste es el testimonio de Libanio al respecto de la piedad de Juliano: “Juliano sabía que quien se aplica al culto divino con conocimiento, se preocupará ante todo de su alma y de la piedad, que, sin duda, es el primero de los bienes del espíritu. Pues la misma, la misma importancia tiene ésta en la vida humana, que la quilla en la nave y el cimiento en una casa” (*Discurso fúnebre por Juliano*, 124).



Hoy podríamos ver esta imitación de las instituciones eclesiales por parte de Juliano y el estímulo que tomó de los cristianos en cuanto al rigor moral como un caso de sano reconocimiento y emulación de lo positivo del otro. Proyectando nuestros criterios actuales y siendo bien pensados, podríamos decir incluso que Juliano practicó un aspecto del diálogo interreligioso que bien podríamos denominar, manejando las mismas palabras de Savater, el reflejo a través del «espejo». El otro nos hace descubrir en nosotros mismos aquello que, sin estar del todo ausente, se encuentra claramente descuidado u olvidado en nosotros. También podría hablarse de una sana competencia en cuanto a la virtud. Pero, a diferencia de esta posible manera de ver las cosas, Savater recrimina a Juliano el que no cultivara «exclusivamente la especificidad del paganismo», pretendiendo más bien «batir a los cristianos en su mismo campo» (p. 51). A pesar de nombrarlo «piadoso», adjetivo que tiene buenas resonancias en Savater siempre que se trate de una piedad pluralista y no unitario-absolutista, termina admitiendo que «como emperador, Juliano estaba incapacitado para ser efectivamente piadoso, pues el Imperio y la piedad se excluyen» (p. 55)¹⁰. Más recientemente, con motivo de la publicación en 2006 de una traducción española del drama de Ibsen sobre Juliano, Fernando Savater ha resaltado la ingenuidad de este emperador tan peculiar:

¿Cuándo se ha visto a un gobernante poderoso, con facultad de vida o muerte sobre sus súbditos, dedicado a polemizar con ellos cuando le incomodan en lugar de suprimirlos físicamente? Dedicarse a refutar en lugar de a reprimir es propio de un emperador consciente de su rango: y la verdad es que Juliano, aunque castigó en ocasiones a los cristianos más levantiscos, prefería comportarse como teólogo antes que como gobernante. Sin duda ésa fue su perdición (El País, *Babelia*, 19-mayo-2007).

Fernando Sánchez Dragó, en su *Carta de Jesús al Papa*, defiende una postura sincrética en religión, la única «intelectualmente sensata y moralmente aceptable» (p. 41). Una divinidad cósmica que se manifiesta bajo mil caras excluye que una sola religión se erija a sí misma como canónica. Desde esta perspectiva, Constantino es el traidor y el verdadero apóstata, y se puede comprender, como considera este autor, que la destrucción de nuestro acervo pagano es la mayor tragedia de la historia del mundo occidental. Cuenta Sánchez Dragó la experiencia que tuvo al regresar de Oriente:

¹⁰ Difiere en gran medida de la visión de Savater la que presenta Santiago Montero Díaz, para quien Juliano “no muere como un obseso teúrgico o religioso, sino con la tranquila serenidad de un racionalista”. Por eso dice que Juliano puede ser mejor entendido por la Ilustración que por el Romanticismo (*Biografía completa de Juliano el Apóstata*, p. 32).



...me reencontré con el paganismo –viejo amor– y descubrí los lazos de consanguinidad y conchabanza que me unían, me unen y me unirán a uno de los protagonistas de la historia del Mediterráneo que más admiro: Juliano el Apóstata (p. 43).

Ahora bien, la apostasía de Juliano no pudo ser tal, pues las conversiones no son nada de fiar. El mismísimo Jesús de Nazaret aconseja al Papa:

Las conversiones son siempre sospechosas, por no decir abiertamente fraudulentas. Lo propio y lo digno de la naturaleza humana es la evolución paulatina, lúcida y serena. Desconfía, hijo mío, de los conversos (p. 74).

En fin, es inevitable que los grandes personajes históricos sean tomados como símbolos y proyecciones de los propios programas ideológicos. Y la vida y la obra de Juliano se prestan a esto como pocas: colocado en un momento de transición entre dos eras, se erige a sí mismo como adalid de un régimen político que se empieza a acabar, en un intento de restauración que ha sido calificado de quimérico. Se erige también en representante de una cultura, la helénica, que, lejos de acabarse, tendrá una larga pervivencia que se prolonga hasta hoy en una continuamente renovada síntesis. La lucha entre cristianismo y paganismo, si nos empeñamos en tomarlos como sistemas incompatibles, tiene en la actuación de Juliano un punto culminante. Si Juliano hubiera triunfado, habría sido distinta la historia de Europa. Esa posibilidad no es ningún absurdo, pues solo cuarenta años después del giro constantiniano, el cristianismo se encontraba todavía muy lejos de dominar la cultura en el Imperio Romano y estaba además minado en sí mismo por una terrible confrontación entre arrianos y nicenos. No se podía predecir entonces ni que la ortodoxia nicena se impusiera al arrianismo, al que el emperador Constancio había favorecido poco antes, ni que el cristianismo, de la índole que fuese, pudiera apagar por sí mismo la religión tradicional sin el apoyo estatal. Como ha señalado Bidez, la época de Juliano fue época de conversiones religiosas en sentidos diversos (entre paganismo y cristianismo) y el caso de Juliano no fue insólito más que por la calidad del convertido (Bidez, J., 1965: 82-83). Juliano estuvo colocado precisamente en ese punto crítico en que las cosas resultaron de un modo... pero hubieran podido desarrollarse de un modo totalmente distinto. No daba lo mismo quién estuviera en ese momento situado en la cúspide del Imperio. Hubo entonces personajes —ahora no hablamos de auténticas conversiones sino de los cambios acomodaticios que siempre se dan en estas situaciones históricas fluidas— que se hicieron cristianos con Constancio, volvieron al paganismo con Juliano y retornaron al cristianismo con Joviano. Dicho de otra manera, el giro constantiniano era todavía entonces, al acceso al poder de Juliano en 361, reversible. Pero el fracaso de Juliano fue decisivo. Resultó la última oportunidad, perdida, del paganismo. El intento de Juliano, siendo él persona de grandes cualidades y situada en la posición propicia para ser relevante, resultó grandioso —épico— hasta en su mismo fracaso. De ahí el valor simbólico que adquirió su figura.

Pero después de todas estas consideraciones históricas, practicando una suerte de deconstrucción, cabe ver al hombre y al pensador de otro modo. Podemos renunciar a ese maniqueísmo de confrontación, a esa manía apologética a ultranza



que se ha servido de Juliano como bandera, sea la bandera propia o la del enemigo¹¹. Desde una actitud humanista de integración, cabe otro acercamiento más positivo que se fija y que se basa tanto en la doctrina como en la práctica moral de no importa qué pensador, sin atender a las adscripciones de escuela o de confesión religiosa. Como dice el propio Juliano: «Lo que no es correcto es dejar de examinar lo que se dice para examinar a los que lo dicen y a aquellos a quienes se dirigen las palabras» (*Contra el cínico Heraclio*, 237c). Este saludable despojamiento se puede hacer a partir del radical convencimiento de la validez universal de todo lo verdadero y de todo lo bueno¹². Las personas que posean este convencimiento serán quienes vean a Juliano, así como a otros personajes controvertidos, con curiosidad, sin apasionamiento y sin prejuicios. Para terminar, reproduciré las acertadas palabras con las que concluye Joseph Bidez (1867-1945) su excelente biografía de Juliano: publicada por primera vez en 1930, es minuciosa y también un tanto novelada, por el enriquecimiento retórico de los datos. Dice Bidez que el intento de Juliano de reanimar los viejos cultos del Estado con elementos teosóficos de la escuela neoplatónica para constituir una Iglesia pagana que sustituyera a la cristiana era una mezcla destinada a fracasar, no correspondiendo a los signos de los tiempos¹³. No supo prever y se engañó a sí mismo. Ahora bien:

Lo que le distingue y constituye su grandeza no es ni la idea directriz ni la empresa que concibió, sino las altas cualidades de su inteligencia y de su carácter. Es el ardor, el entusiasmo y la sinceridad de su fe; es también el esfuerzo prodigioso de su voluntad. (...) Más valentía, más justicia, más fraternidad, más pureza, eran éstos los mandamientos de Mitra que se repetía a sí mismo tan a menudo. Despreció las necesidades y los apetitos del cuerpo como pocos ascetas lo hicieron. Vivió verdaderamente de la vida del alma. (...) ¿Habría que negarle la consideración a la que tienen derecho las convicciones sinceras? Está bastante alejado de nosotros como para que su memoria sea ya a partir de ahora ahorrada por las polémicas interreligiosas. Estaríamos incluso tentados de repetir lo que escribía hace poco un crítico,

¹¹ Wilmer Cave Wright, editor inglés de las obras de Juliano, señala que tanto el “contra los Galileos” de éste como el “contra Juliano” de Cirilo de Alejandría “point out the inconsistencies in the rival creed, and ignore the weaknesses of their own” (Julian, 1969: 315). Esta condición es propia de todos los tratados apologeticos.

¹² Comenta el historiador Sócrates de Constantinopla sobre la utilización de la cultura pagana por parte de la Iglesia: “No llegaríamos a ello si no adquiriéramos las armas de los adversarios y si, al adquirirlas, no compartiéramos sus opiniones; pero rechazamos lo que es malo, y nosotros que tenemos el bien y la verdad recibámoslo todo al aprobarlo, puesto que *lo bueno, allí donde se encuentre, es lo propio de la verdad*” (*Historia eclesiástica* III, 22).

¹³ En este sentido, dice Joannes Irmscher que la expresión *Νενίκηκας Γαλιλαίε*, aun no siendo del propio Juliano sino una falsa atribución posterior, “caracteriza la verdad histórica”. Los medios que utilizó para remontar la crisis total de su siglo estaban ya superados porque había surgido un nuevo “eón” (1996: 462-463).

pidiendo a aquellos a quienes interesa el recuerdo de su vida, no la conmiseración, ni tampoco ciertamente la aprobación de lo que él ha pensado o querido, sino el respeto debido a la nobleza de su moralidad (Bidez, J., 1965: 350-351).

RECIBIDO: septiembre 2011; ACEPTADO: septiembre 2012.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AURELIO PRUDENCIO (1981): *Obras completas*, ed. A. ORTEGA e I. RODRÍGUEZ, BAC, Madrid.
- AMIANO MARCELINO (2002): *Historia*, ed. M. L. HARTO TRUJILLO, Akal, Madrid.
- BERNARDI, J. (1978): “Les invectives contre Julien de Grégoire de Naziance”, en GROUPE DE RECHERCHES DE NICE, *L'empereur Julien. De l'histoire à la légende (331-1715)*, Les Belles Lettres, Paris, pp. 89-98.
- BIDEZ, J. (1965): *La vie de l'empereur Julien*, Les Belles Lettres, Paris.
- BOUFFARTIGUE, J. (1992): *L'empereur Julien et la culture de son temps*, Institut d'Études Augustiniennes, Paris.
- (2007): “Les ténèbres et la crasse. L'empereur Julien et sa jeunesse chrétienne”, en D. TOLLET (ed.), *La religion que j'ai quittée*, Presses de l'Université Paris-Sorbonne, pp. 25-38.
- COHEN, L. (1978): “Sur l'iconographie de Julien”, en GROUPE DE RECHERCHES DE NICE, *L'empereur Julien. De l'histoire à la légende (331-1715)*, Les Belles Lettres, Paris, pp. 213-227.
- CYRILLE D'ALEXANDRIE (1985): *Contre Julien 1*, ed. P. BURGUIÈRE y P. ÉVIEUX, Cerf, Paris.
- EUNAPIO DI SARDI (2007): *Vite di filosofi e sofisti*, ed. M. CIVILETTI, Bompiani, Milano.
- GRÉGOIRE DE NACIANZE (1983): *Discours 4-5. Contre Julien*, ed. J. BERNARDI, Cerf, Paris.
- IBSEN, H. (2006): *Emperador y galileo*, Encuentro, Madrid.
- IRMSCHER, J. (1996): “Letica in Giuliano l'Apostata”, I, Institutum Patristicum Augustinianum [*Studia Ephemeridis Augustinianum* 53: 459-463], Roma.
- JEAN CHRYSOSTOME (1990): *Sur Babylas*, ed. M. A. SCHATKIN, B. GRILLET et J.-N. GUINOT, Cerf, Paris.
- JERPHAGNON, L. (2008): *Julien, dit l'Apostat. Histoire naturelle d'une famille sous le Bas-Empire*, Tallandier, Paris.
- JULIAN (1969): *Works*, ed. W. C. WRIGHT, Heinemann, London / Harvard Un. Press, Cambridge, Massachusetts.
- (1973): *Briefe*, ed. B. K. WEIS, Heimeran, München.
- JULIANO (1924-1925): *Obras Completas*, ed. R. CANSINOS ASSENS, Sucesores de Hernando, Madrid.
- (1982a): *Discursos VI-XII*, ed. J. GARCÍA BLANCO, Gredos, Madrid.
- (1982b): *Contra los galileos. Cartas y fragmentos. Testimonios. Leyes*, ed. J. GARCÍA BLANCO y P. JIMÉNEZ GAZAPO, Gredos, Madrid.
- (2002): *Discursos I-V*, ed. J. GARCÍA BLANCO, Gredos, Madrid.
- JULIEN (1932-1963): *Oeuvres Complètes*, ed. J. BIDEZ et G. ROCHEFORT, Les Belles Lettres, Paris.
- KAVAFIS, K. (1997): *Poesía completa*, trad. J. M. ÁLVAREZ, Hiperión, Madrid.
- LABRIOLLE, P. DE (2005): *La reaction païenne*, Cerf, Paris.



- LIBANIO (2001a): *Discursos I: Autobiografía*, ed. A. M. BELLIDO, Gredos, Madrid.
- (2001b): *Discursos III: Discursos Julianeos*, ed. Á. GONZÁLEZ GÁLVEZ, Gredos, Madrid.
- MEREJKOWSKY, D. S. (1901): *La muerte de los dioses*, Francisco Sempere-Editor, Valencia.
- MONTAIGNE, M. DE (1967): “De la liberté de conscience”, en *Oeuvres Complètes*, Seuil, Paris.
- MONTERO DÍAZ, S. (1969): *Biografía completa de Juliano el Apóstata*, Ibérico Europea, Madrid.
- PHILOSTORGIUS (2007): *Church History*, ed. PH. R. AMIDON S.I., Society of Biblical Literature, Atlanta.
- RUFINO (1986): *Storia della Chiesa*, ed. L. DATTRINO, Città Nuova, Roma.
- SAN SERRANO, R. M. (1991): *Roma. El paganismo tardío y Juliano el Apóstata*, Akal, Madrid.
- SÁNCHEZ DRAGÓ, F. (2001): *Carta de Jesús al Papa*, Planeta, Barcelona.
- SAVATER, F. (1975): “Julían el Piadoso”, en *Tiempo de historia* 12: 38-55, Madrid.
- SOCRATE DE CONSTANTINOPLE (2005): *Histoire ecclésiastique, Livres II et III*, ed. P. PÉRICHON S.J. et P. MARAVAL, Cerf, Paris.
- SOZOMÈNE (2005): *Histoire ecclésiastique, Livres V-VI*, ed. A.-J. FESTUGIÈRE O.P., B. GRILLET et G. SABBAGH, Cerf, Paris.
- THÉODORET DE CYR (2009): *Histoire ecclésiastique, Livres III-V*, ed. A. MARTIN, P. CANIVET, J. BOUFFARTIGUE, L. PIETRI et F. THÉLAMON, Cerf, Paris.
- VIDAL, G. (2008): *Juliano el Apóstata*, Edhasa, Barcelona.
- WINKEL, R. L. (2003): *The Christians as the Romans saw them*, Yale Un. Press, New Haven-London.
- WOHL, L. DE (1988): *¡Venciste, Galileo!*, Palabra, Madrid.

